

Cuentos al Garete



Rosa Helena Suárez

Abril 2022

Primera Edición

Cuentos al Garete

Rosa Helena Suárez

email: rosahsuarez@hotmail.es

www.aveviajera.org/nacionesunidasdelasletrasuniletras/id1236.html

Editor: Joseph Berolo R.

Diseño-Diagramación: Martha Sonia Herrera Muñoz

Impresión y acabado: Editorial Ave Viajera S.A.S.

email: editorialaveviajerasas@gmail.com

Depósito Legal

ISBN : 978-958-48-3351-8

©De esta edición: Editorial Ave Viajera S.A.S., 2022

Reservados todos los Derechos de Autor. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial o por cualquier medio o procedimiento incluida la fotocopia y el tratamiento informático virtual en cualquier forma, sin la autorización escrita del autor.

Impreso en Colombia / Printed in Colombia



Prólogo

Hoy, cuando todo en los medios de comunicación se prestan para dar a conocer lo que sentimos, y hacerlo ver prácticamente como un retrato, Rosa Helena Suárez nos trae 7 cuentos de extraordinaria hechura envueltos en formidable hechizo narrativo mágico construido a retazos: *“Ella los vio irse muchas veces para volver como un río seco que se devuelve. Con las manos llenas de aire, pero, la última vez, si pensó que no volvería, y, su mirada prendida de la curva del camino los vio borrarse y, los retrató en su mente con la premonición que olvidaría sus caras –endurecidas por la noche en vela– los miedos y la violencia ajena que se incubó en sus almas”*.

El cuento llevado al papel por esta cuentista que magnifica la metáfora hasta hacerla óleo al que solo le falta voz para ser persona. *“De pronto se dio cuenta de su desparpajo que iba más allá de la tranquilidad y el decoro y sintió el rostro ardiendo de vergüenza. Sin querer rozó los brazos rubios y miró por la ventana asociándolos con los prados que también se oropelan en verano –por el efecto del sol–. La comparación despertó en ella una inquietud morbosa; al tratar de poner distancia los rozó sin intención y sintió algo así como un*



paso furtivo de un gato travieso. El rubor incendió su cara al percatarse de su desnuda sensación y, huyendo de sí, cerró los ojos entregándose de nuevo al sueño”.

Rosa Helena, escribí cuando tuve el privilegio de publicar su poemario *BITÁCORA DE SUEÑOS*, rompe en esta breve obra el esquema de lo meramente académico de una composición, irrumpiendo simbólicamente en el escenario de las letras universales explicativas de costumbres, lugares, folclore, esencia del alma de la gente, su origen, sus desvelos de amor y desamor, hasta lo vulgar de su comportamiento— *“La figura de su hijo se recostó en el umbral, precedida por una larga sombra cuya cabeza tocó el techo. Soltó el haz de leña recién cortada inquiriendo: ¿hay algo de comer? Riendo como loca lo abrazó y besó repetidas veces. Luego, cortó un trozo de carne. Montó sobre las brasas la sartén tiznada. Echó a la chocolatera con agua hirviendo dos bolas de chocolate casero y... cantó con una potente y melodiosa voz como nunca logró hacerlo en la escuela”.*

He aquí *Cuentos al Garete* que no por serlo no tienen puerto de llegada...por el contrario, ya ocupan un lugar privilegiados dentro de género tal como lo ocupa uno de sus personajes, Flátulo: *“Le gustaba ver caer las hojas de los árboles sobre el pavimento. Bajaban con suavidad, sin estrepito. Descendían en graciosos movimientos ondulantes y sinuosos, estilizados y lentos. Las hojas eran secas sin vida; sin embargo, la gracia era su característica sobresaliente. Así debía ser el ser humano. Envejecer sin alarde, sin que apenas se notará su declinar, sin muestra alguna de debilidad; caer sutil y graciosamente, precipitarse en el descenso hacía el sepulcro sin perder la agilidad, la dignidad, la elegancia –un derecho adquirido por el mortal en su forja dolorosa– sin el repugnante y oprobioso arrastrar de los pies en el pavimento.*



*Sin inclinarse a su pesar, servil ante la generación naciente.
Ser contemplado en silencio con actitud de agrado. Como
aquellas hojas, desafiantes y altivas; depositarse en el nicho
postrero con heliotropica elegancia”.*

Joseph Berolo

Abril 2022



Índice

| | |
|------------------------------|----|
| Prólogo | 3 |
| Trigales de verano..... | 9 |
| Año viejo | 12 |
| La dueña de la tarde | 18 |
| Papito tan..... | 24 |
| La noche de los cocuyos..... | 28 |
| Augurio | 31 |
| Flátulo | 33 |
| Biografía | 45 |



Trigales de Verano

El bus abre su boca en medio de la tarde y los pasajeros suben sumisos a la ingestión masiva del monstruo decadente.

Una señora con una pesada maleta, sube y arrastra los pies despacio sobre un tapete rucio y polvoriento.

Los ojos desorbitados y las cabezas tensas; —augurando quizá la posible decapitación, pues la mujer levanta las maletas en sentido horizontal para atravesar el pasillo.

Por fin, se acomoda. Un suspiro colectivo celebra la ausencia del peligro. Tranquilos los pasajeros delanteros fijan los ojos en los zapatos rotos del conductor.

La marcha tongoneante destila un entorno abúlico. Toma la carretera quebrada y erupcionada que atrofia el camino. Al tongoneo, el viejo radio escupe una vieja canción tartamuda. En un corto trayecto; cesa el batir de la carcacha. Un caballero mayor —pero cero aspecto senil— oprime el espaldar del asiento delantero aferrando a él su blanca mano de finos dedos; relampaguean sus ojos admirados cuando aparece una fina rubia —cincuenta años, conservada en el argot abuelo—. De caminar de brisa, aterciopelados gestos, aguda mirada de ángel perdido. Las manos suaves con dedos finos y bien cuidados. Vuela como veloz paloma



a sentarse junto al caballero que hasta el momento iba dando tumbos hasta que ella se sienta a su lado. Él la ayuda a acomodarse, toma su maleta y la sube a la parrilla de equipajes rápidamente. Ella susurra el agradecimiento que apenas es perceptible y no equipara el respirar de una hormiga. El, le sonrío y ella le corresponde, pero luego fija sus ojos en el viejo televisor del bus; –con la película de siempre– viaje por viaje. Luego, la mira por la ventana comiéndose el paisaje: acre por acre, llano por llano. Luego, cierra los ojos y en segundos, se duerme. Ella lo nota y hastiada de la película, lo recorre con todos los sentidos: la figura elegante que no se vence a los años, los zapatos limpios al extremo, la fina loción y la camisa de marca; blanca. El cabello pulcramente peinado, la dentadura intacta y blanquísima, las manos de unas pocas arrugas –levemente perceptibles– hombros anchos y erguidos, piernas largas y una expresión tranquila, sosegada.

De pronto se dio cuenta de su desparpajo que iba más allá de la tranquilidad y el decoro y sintió el rostro ardiendo de vergüenza.

Sin querer rozó los brazos rubios y miró por la ventana asociándolos con los prados que también se oropelan en verano –por el efecto del sol–.

La comparación despertó en ella una inquietud morbosa; al tratar de poner distancia los rozó sin intención y sintió algo así como un paso furtivo de un gato travieso.

El rubor incendio su cara al percatarse de su desnuda sensación y, huyendo de si, cerró los ojos entregándose de nuevo al sueño.



La canícula le sopló un sueño fantasmalmente tangible y, desgranó suspiros débiles pero profundos.

Entró en un éxtasis que no fue propiamente sueño porque sentía la presencia de la realidad.

Así, transcurrieron cinco horas del edénico vieje.

El bus se retorció –más que frenar– y al unísono abrieron los ojos: asustados, callados y expectantes. Se miraron un rato hasta que se dieron cuenta que estaban solos en el bus por los alaridos del conductor que los instaba a abandonar el vehículo.

Él le ayudó a levantarse de la silla y bajó la maleta. Con ella en la mano, la acompañó hasta los escalones pasó a su lado y bajó primero con la maleta a cuestras. Le ayudó a descender y, luego hizo señas para llamar un taxi. Cuando acomodó el equipaje de la dama, él bajó la cabeza frente a la ventanilla del carro y las miradas se enredaron sin articular palabra.

Antes de poner en marcha el taxi, ella le miro a los ojos y dijo por decir algo –buen viaje ¿no?– de nuevo él con una alba sonrisa, la miró intensamente y respondió quedo: –sí, y dormimos juntos– el carro arrancó y él se quedó mirando al horizonte. Enceguecido por la intromisión del sol de los venados que le amuralló la vista; continuó a pie, sin rumbo, borrando el suelo con sus pies alados –erguido y elegante como entonces– pero se le pintaron arrugas en el corazón.





Año Viejo

Con las primeras horas del día, entraron por la ventana, los fríos del invierno. Doña Carmen se asomó por entre los quiebres de hielo del aire entumecido. Y, vio las flores de garza –más blancas que nunca– pero recostadas sobre los tallos de otras plantas; como amantes rendidas de una batalla de amor.

El gallo cantó con deje aperezado y, el perro levantó la trompa con desgano olfateando por entre la niebla que le escondió los árboles.

Doña Carmen, recorrió el patio –tiritando por un frío de más allá– y, repasó los adornos navideños de las puertas de finca –anaranjadas y estridentes sobre las paredes blanquísimas– como gritos deambulando en llanura desierta –la estremecieron, acuchillando su carne por el resplandor del color. -algo así como el contraste de la nada y la existencia que engaña los sentidos.

Después del éxodo, hace tantos años ya; hoy vuelven todos cargando a cuestras sus fracasos; empacados con los nuevos sueños –construidos a retazos–. Ella los vio irse muchas veces para volver como un río seco que se devuelve. Con las manos llenas de aire, pero; la última vez, si pensó que no volvería, y, su mirada prendida de la curva del camino los vio borrarse y, los retrató en su mente con la premonición



que olvidaría sus caras –endurecidas por la noche en velos los miedos y la violencia ajena que se incubó en sus almas. Todos: hermanos, primos, tíos, y otros parientes con sus amigos que se murieron de tristeza sin asimilar la pobreza, sin entender el desarraigo, sin degustar la esperanza.

Está semana habían regresado. Ella volvió a concebirlos como un río loco que se devuelve. Hoy –día de reyes– pensó en la molienda del maíz para la natilla navideña y, en el tradicional ritual de despedida del “año viejo” con rifas de juguetes, carritos, patines, muñecas, yoyos, baleros, baile y abrazos. Todas esas cosas que había arrumado en el baúl de sus recuerdos.

Volvían de nuevo: “igual que un río loco que se devuelve”.

Embadurnados de nostalgia, con muchos resabios. Más distantes. –Buena parte eran parientes abatidos por la desesperanza, la distancia–.

El tiempo los había arropado con más bruma. Así, como la niebla tapa con su velo los páramos. Decían tantas cosas de los que migraban a la ciudad... –algunos vecinos– ¡volvieron con tanto dinero! Y, sus fincas se transformaron en bellas haciendas –encerradas en muros–.

A ella le contaron que algunos ganaron dinero cegando la vida de prójimos y, que se enriquecían vendiendo “un menjurje” que volvía locos a los jóvenes.

Ella no lo entendía solo sabía de ruanas y sayas coloridas, de siembras y guarapo, de vacas pariendo “terneros peludos” y tiernos como niños, de peleas con la roya y del arrullo de los manantiales, intercambios de comida con los



vecinos, ayuda a una comadrona encartada. Le encantaba contemplar la luna en noches plenas por eso también sabía del amor simple de su viejo muerto, de plásticos azules o verdes intensos para ahuyentar los pájaros y los insectos.

Pensó en preguntarle a sus hijos si ellos también habían jugado la ruleta de la muerte en busca de la fortuna. Pero calló por miedo a las respuestas.

Nunca lo preguntaría. Ellos tampoco lo dirían.

Ensimismada no vio a su nieto ahijado, de tres años, que, oprimiendo un carrito de pilas, entró con “pacito de oblea” y, se sentó junto a la estufa extasiado; mirando la hoguera que lamia las paredes del hornillo.

Tosió y ella se le acercó con ternura divertida por el pijama remangado en el tobillo; –bailándole en las piernas– y, en la que él se perdía como un barquito de papel en un mar de rayas y fuertes colores.

–abuelita– lo mataron –dijo sin mirarla.

Las vísceras se le asomaron –así los sintió– en el fondo de la boca.

Miró al niño muy suavemente para que no notará su agonía, tratando de acomodar su cara para ocultar el terror violento que le empujaba los gritos contenidos en las venas hinchadas del cuello –anudadas por el esfuerzo del disimulo–.

El niño sonreía con el candor propio de sus pocos años; pero, ella se vio desencajada como un tosco dibujo; o mejor, igual que un títere. “muy blanco de cartón” –remembranza



de la escuela- ¡por supuesto! A veces, en el arrume de sus recuerdos su cerebro bullía encandilado de luces y voces de niños y viejos ya muertos alrededor de una hoguera.

¿A quién mataron mi amor?

—A un señor- replicó la chillona voz del niño, un señor muy... viejo.

Las palabras le salieron reptando entre los dientes, con muecas y pucheros.

—¿En dónde?

—En la finca de mi papá.

Miedo letal. Miedo de quebrar el silencio. De saber que no es pesadilla.

—¿Cómo eran ellos?

—Tenían trapos negros en la cara. Únicamente se les veían los ojos, machetes en la cintura...

—Como el viejito era flaco lo cargaba uno de esos señores y lo colocó en un madero.

Después, salimos al monte. Papá me llevaba de la mano. Casi todos llevaban velas encendidas y, empezó a llover. Lo cubrieron con unos plásticos. Yo tenía mucho miedo. Dijeron que tenían que apurarse porque la lluvia iba a dañarles todo.

El señor no se movía, pero llevaba las manos colgando: así...
—Balanceó los bracitos hacía atrás y adelante— en un rápido va y ven consecutivo.



Luego, lo colocaron en una silla (sacudió la cabecita). -Le pusieron un tabaco en la boca y lo mataron.

—¿Cómo por DIOS?

—Lo quemaron.

—¿Lo quemaron? -¿papito iba con ellos? ¿también se cubría la cara?

—A veces-. Pero otras se quitaba el trapo porque le daba mucho calor.

—Antes- leyeron un papel y, ahí fue donde lo quemaron.

—¿Tu viste todos?

—Sí- me dio mucho miedo.

—¡Pobre niño mío!

Pero cuando más miedo me dio, fue cuando le explotó la pólvora que tenía en la barriga. Todos corrían y se reían. Mi mamá se reía duro. Luego, tomaron aguardiente. Todos se abrazaron y, ahí empezó el baile.

Sintió un vértigo equiparable al deslizarse por un tobogán para caer en agua fresca y cristalina. La luz entró de nuevo a su cerebro en penumbra y se reclinó en él; reconfortándolo. Respiró con profundidad hasta que su aire se cruzó con el de afuera y el aroma a jazmín de noche, aunque ya el día se despertaba.

El paisaje que el clima había ocultado se iluminó de lleno.



La figura de su hijo se recostó en el umbral, precedida por una larga sombra cuya cabeza tocó el techo. Soltó el haz de leña recién cortada inquiriendo: ¿hay algo de comer? Riendo como loca lo abrazó y besó repetidas veces. Luego, cortó un trozo de carne. Montó sobre las brasas la sartén tiznada. Echó a la chocolatera con agua hirviendo dos bolas de chocolate casero y...cantó con una potente y melodiosa voz como nunca logró hacerlo en la escuela.

Siguió cantando entre risas: “pimpón es un muñeco muy blanco de cartón...” ante la mirada atónita del hijo y la distraída del nieto que buscó de nuevo, las chispas de braza del hornillo que hacían acrobacias contra la pared.





La Dueña de la Tarde

El pelo enmarañado y la perdida mirada de noche y telarañas.

¡Magnífica! En su ropaje encerado de grasa y mugre milenaria.

Muñeca de madera rustica, oscura. El rostro maquillado por el aire que la besa con sol y barro de la calle.

Se sentaba en el borde de la acera; –a la hora del ángelus– frente a la mansión episcopal. Tecleando el piano de las horas.

Ella vivía el día en todas las facetas sin poner fronteras entre este y la noche.

Frente a la mansión episcopal se quedaba inmóvil como un pelicano sobre el mar quieto.

¡Era tantas cosas! –efigie viviente de la gallardía callejera–. Otras veces; en días quizá especiales para ella. Cruzaba las piernas y se enroscaba bajo el busto clerical del patriarca –en la plazoleta– y, asumía que la miraba desde sus ojos bronce fieles a la estática del espectador inerte –remedando su indiferente inmovilidad–.



Desplegaba los ojos, y, con elegancia sin premeditaciones empezaba a erguirse, danzando lentamente; acompasada, viviendo las escalinatas con garbo de guerrero; invocando la lluvia, sobre el escenario amplio de luces naturales que el sol derramaba en el atrio de la iglesia.

Siempre iba armada –amazona alerta en el arte del ejercicio de la supervivencia– con un palo de escoba para espantar los locos y no locos que la requerían para el amor.

Hacía alarde de la misión inconsciente de guardar su castidad, –tradúzcase derecho a elegir pareja–.

La monja que organizaba los protocolos de la misa; no la consideraba tan casta como ella se creía y sentía que la virtud propia se manchaba con su presencia.

Inútilmente le recriminaba para que se alejara y ensayaba todas las tretas posibles para espantarla. Pero ella se plantaba estoica, desafiante, señorial y agresiva.

Le hacía diariamente muecas que nunca repetía y, luego se paraba en la puerta principal; imitando los íconos con los dedos unidos en las puntas, sobre el regazo. La cabeza inclinada bajo la aureola candente del destello iridiscente del espectro solar que iba de su cabeza a la cúpula del templo. Esté espectáculo la coronaba de resplandores irreales, tan bellos que producirán temblores bíblicos fantasmales.

Toda una resplandeciente complicidad a sus fantasías.

Antipodicamente, la sombra de la mujer se extendía dentro del templo como una alfombra negra y subía a la bóveda



del altar mayor, rectando por las paredes –como si quisiera tornar a la tarde su cortesía–.

Contrariada hasta la histeria la religiosa esquivaba rozarla y, se escurría por una pequeña puerta; apenas la veía enrutar hasta la sacristía o el altar mayor.

Ella alzaba la mano y su sombra se desplazaba al infinito; o hasta la cúpula. Finalmente, se despedía con una reverencia y bajaba bailando las escaleras de la entrada.

Sin saber porque capricho de la naturaleza; como musgo huérfano, brotaron en la pared de la iglesia –rumbo al piso– y, por el lado de la calle, unas matitas diminutas de cilantro; como si fueran sus sombras enanas: menuditas, impertinentes, de belleza embadurnada en mugre –trizando la pulcritud del ambiente sacro–. Ella las comía con placer infinito –maná delicioso– con premura provocada por sus hambres acinadas en la espera famélica de sus ayunos.

Una tarde; la vio la Sor en esas, y, afiebrada de venganzas entró al palacete rumbo al gallinero y trajo una plumifera ruidosa y rebelde.

La plantó frente a las matas, esperando su complicidad famélica. Pero la gallina le miró tímida y cubrió el espacio con los ojos lado a lado; desconcertada entonces; su ama la tomó por el cuello y la acercó a las matitas.

Entonces, la mascota condenada al sacrificio empezó a picotear hasta que devoró la última hierba. Se sacudió y emprendió la huida hasta encontrar una banca de la iglesia y se escondió bajo el tablado.



La santa contrincante sacudió su hábito y se metió en la casa cural antes que los feligreses comenzaran a ingresar percatándose de su innoble gesto.

La agredida explotó con un alarido que enmudeció las campanas e hizo santiguar a las beatas.

El cura se quedó en suspenso; tal vez convencido que era la trompeta del juicio final.

Desde la puerta la adolorida gimió entre sollozos y se alzó la bata con dolosos espasmos retando a su adversaria que le devolvió una mirada desafiante frente a sus sangrantes alaridos y retando el desarraigo con ronquidos de fiera.

La ganadora sintió en la boca la satisfacción con el dolor de su contrincante.

Ella se le plantó muy cerca y le mostró los calzones calados en rotos; sin costura, descomunales, estampados en mugre perfumados con el vahó de la miseria.

La ofensora buscó refugio tras el altar mayor; pero, allí recibió el clamor febril, desgranando insultos enhebrando palabras increíblemente originales y verdaderas obras maestras de obscenidad.

Los ancianos se santiguaban. El sacristán blanqueaba los ojos –improvisó abrir la boca, pero el incensario se la llenó de humo– y decidió salir en estampida con el rostro amoratado.

Toda la tragedia desembocó en inspección de policía; pero, la demente era parte del folclor de la región y sus desafueros



eran el hazme reír de los habitantes locales –incluyendo claro está– los guardias del orden que la coreaban en sus tardes aburridas-

Ella les bailaba y alegraba con sus exabruptos verbales.

Para asustarla, le impusieron una multa, pero al no poder pagarla se ofreció a barrer el andén y la calle de la estación. Pasados ocho días de lluvias invernales, con los que la naturaleza se confabuló con su bailarina –o mejor– lloró su ausencia porque en ese lapso no se dejó ver.

Una tarde rojiza; tregua del invierno, la religiosa hacía su entrada de rutina, rosario en mano y bíblica expresión. De repente, se le plantó en frente un esqueleto de cráneo rasurado.

Se veía inauténtica. Disfrazada de limpieza arbitraria; más delgada y pálida que de costumbre.

La mirada dolida se colgó en la de cristales de sal de la enemiga que se replegó temerosa clavando en el suelo su dignidad mancillada y camuflada en disimulos.

La intrusa moviendo las manos en círculos de combate: midió la distancia y, se acercó, ¡casi se metió en ella! Cruzó los brazos en equis y soltó un gran pedo.

No pronunció palabra en ese instante. Volvió la espalda y se alejó presurosa mientras el aire desparramaba sus palabras apenas audibles: -me multaron la boca, pero el culo no–.

Dicen que la mataron cuando según la leyenda nativa se puso de moda “matar locos”.



Otros afirman que un grupo de pelafustanes en juerga, quisieron divertirse aparejándola con otro demente y como se resistió la apedrearon.

Nada de esto se comprobó. No lo ameritaba para la pérfida indiferencia.

La encontraron descolorida y rígida al borde del río.

-No parientes- nadie la reclamó. Nadie bailó para ella.

Algunos pasan por la iglesia, murmuran y preguntan -¿Dónde bailará esta flor de arrabal, su última danza de la muerte?





Papito Tan...

En las inmediaciones veraniegas de su vida, don Pablo despidió a su esposa para su viaje final.

Pero, tuvo que sanar a fuerza y bravura las heridas de su corazón, por lo cual enlisto su existencia a la agridulce faena de terminar la crianza de su hija contra los vendavales de la fatalidad.

A tesón y buen juicio cumplió esta faena. Las fatigas de la lucha surcaron de rayones su frente y de achaques la estructura de su cuerpo.

Pero lo pregonaba henchido de orgullo y pletórico de esperanzas.

Linda en verdad y mucho más para su progenitor que veía el sol diminuto en su presencia. Entronizó un código de protección, que avasallaba los despertares juveniles pletóricos de preguntas, de ilusiones, de fantasía y de pasión volcánica en busca de muchas cosas y ninguna.

Pero, la vida palpita, derrite las cadenas, se desborda en locas carreras de “gallina ciega”, se devuelve como una cometa en sentido contrario al viento y, concretamente, en sentido contrario a la sujeción del padre y sus prejuicios.



–En vano– a los dieciséis años lo consagró abuelo y, a penas si pudo comprender ese huracán de emociones juveniles que obnubilaban sus conocimientos seniles y que le arrasaron el panorama. Se bifurcó en el amor: ternura y apoyo a la hija; veneración y excesiva complacencia al nieto.

El muchacho curso su primaria rodeada de muchos mimos y poca exigencia en los estudios. Se convirtió en opinión de sus condiscípulos en el “ejecutivo del 3”. Posiblemente de tanto correr a los mandados o a sus sueños libertarios el chico resultó sobresaliente en atletismo.

La preocupación de madre y abuelo por los sueños académicos, se trocó en febril entusiasmo por acompañar sus faenas en las carreras y ovacionarlo hasta el delirio en cada logro alcanzado.

El abuelo intensifico su lucha en la panadería, y, abrió su negocio hasta muy tarde en la noche para recoger fondos con el propósito de sostener al muchacho en la contienda de alcanzar las soñadas medallas.

Los más caros equipos, para sus carreras justificaron los afanes y sacrificios del abuelo para su forja extenuante en la panadería.

Lo acompañaba a sus entrenos, anotaba en un diario sus progresos adornados de elogios y halagos. Exaltaba sus proezas; cada carrera se glorificó en la pista de los años del abuelo. De verano a otoño y albores del invierno hacía una primavera.



Se lanzaba a las pistas. Se arrojaba a los sueños. Se solazaba en los triunfos.

Anciano ya; se convirtió en el guardador de medallas y achaques. Un día cualquiera se acicaló para una carrera local. Todas para él tenían vital importancia.

La presente por lo tanto no lo era menos.

Estrenando zapatillas y pantaloneta y camiseta con el nombre de “jorgito” y loción Paco Rabanne. Salió al andén de la panadería por cuya calle iba a pasar la carrera.

La hija le reemplazó en la panadería (ya sabemos que nunca cerraba).

Se irguió con una bandera en el borde del andén, –con el anhelo de dar una palmada al chico a su paso–.

Iba de un lado a otro de la calle ufanándose del vaticinado triunfo.

El clamor se acercó como un millar de chicharras.

Divisó el panorama muy cerca, a pesar de los nublados él vio resaltada la figura del joven.

Atrás, –el pelotón subía y bajaba en un tumulto de cabezas como picos de montañas.

Se lanzó a la mitad de la calle. El muchacho lo reconoció a penas a la distancia y agitó las manos para advertirle. El ímpetu de la carrera se aceleró por su propio impulso. El chico vio caer al abuelo y la angustia del joven empujado y



avasallado por la fuerza de su cuerpo y la velocidad de sus piernas siguió sin que pudiera detenerse.

Su cerebro retumbó, balbuceo, manoteo, pero no pudo detenerse. La fuerza de su propio ímpetu le lanzó a la meta. Segundos antes de llegar gritó lastimeramente: “papito tan guevon” la ambulancia aulló abriendo paso entre la gente y el chico triunfador, se acurruco llorando en medio de la calle.





La Noche de los Cocuyos

Ser maestra en una vereda agreste es una experiencia impactante para una muchacha de ciudad. Sofia se asomó a la ventana y una ráfaga le trajo el beso helado de la noche. Miró hacia el páramo; negro e inquietante como gigante de oscura ruana.

Se estremeció al ver la guirnalda de ojos brillantes; ¿llorosos? Y asustados, atisbando entre las cercas. Estaba tan oscuro que parecían diminutos faroles flotadores.

Con fuerte sacudida le conmovió el clamor de las voces. Violentas, flagelantes –por aquí– –por aquí–.

La niebla corrió su cortina y le puso al frente la figura de un hombre que corría esquivando los latigazos de las balas que caía reptando en el suelo polvoriento.

–¡pobre hombre! –dijo dolida. Se dispuso a cerrar la ventana, no antes de percibir la presencia rápida de un encapuchado y la bofetada de su maléfica mirada que duró segundos. Solo 3 segundos que la dejaron aterrada y trémula.

El día amaneció despacioso. Se disponía a beber una taza de chocolate, cuando las madres de sus alumnos se apiñaron en la puerta. Ella se asomó y una tomando la delantera se



le acercó y le dijo: “soy la mamá de la niña muda, vengo a dejársela para que la acompañe esta noche”. Las demás, fueron dejándolos uno a uno y se perdieron en el silencio de la calle vacía.

Volvió la noche, desparramando su enlutado mosquitero. La maestra tomó la niña muda de la mano y le dijo: –acompañame al baño– la niña le alargó la mano, sumisa. La maestra entró al baño –y replicó: –no traje papel higiénico–. La niña le ofreció tres hojas de cuaderno; una de ellas escrita con letra medianamente legible: –“por favor, huya al páramo con los niños”–. ¡salve sus vidas!

Disparos y gritos la sacaron de su aldelamiento. En cada casa, gritos y disparos y silencio.

Sin esperar ordenes, los niños se enfilaron; la muda primero, se colgó de su mano. Corrieron entre peñas y obstáculos hasta llegar a la cima del páramo. Los últimos fueron la niña muda y la maestra.

–No miren hacia atrás– dijo la maestra–. Las blasfemias trizaban la pureza del aire. Esperó que el último le aventajara y empezó a subir tratando ingenuamente de tapar a los niños con su espalda. Pero un viento raro descubrió la espalda y ninguno salió herido.

Los niños empezaron su escalada hacía la cima del páramo y se oyó un murmullo de la gente sin distinción de buenos y malos al ver que los niños pasaban bajo arcos de cocuyos hasta llegar a la cumbre.

Los pasos de los perseguidores, casi encima –tal que el viento trajo su aliento rozándoles las nuca–.



Los tiros, rozaban sus pies; luego, silencio en el silencio.

“Se inmobilizó la turba. Uno a uno fueron soltando los asesinos sus armas”.

Ante la pavora y el asombro de los bandidos, el páramo abrió su vientre tragándose a los niños y la maestra.

Y, desde abajo hasta el boquerón, cerrado ya, se irguió un camino irisado de azul y plata,- un camino de arcos de cocuyos que cerró el paso a la infamia.

Ni los muertos, dicen los pocos viejos sobrevivientes, podrán olvidar esa noche.





Augurio

El niño blanco y descalzo; más blanco aún por la luna derramada sobre su silueta y desparramada en chorros plata sobre el centro del patio. En un rincón de la pared, el niño fijó sus ojos; luciérnagas cansadas y, comprendió el misterio. Tres meses atrás había muerto su tío, -terror de todos los infantes de la familia- y, famoso por su egoísmo y tacañería.

Hervía su furia por la desaparición paulatina y misteriosa de los huevos de su gallina favorita. Habían desaparecido misteriosamente, 30 días consecutivos de postura diaria y los huevos perdidos.

Los vecinos dicen que el infarto provino de la furia por tal calamidad.

El niño tembló por razones más violentas que el frío. Primero, ahí estaba la gallina. Con la cabeza levantada y alerta; igual de egoísta que su dueño había escondido los huevos uno tras otro, bajo un montículo de hierba y tierra. Igual de taimada que su dueño, mezquina y agresiva.

Se sintió mal pues el terror le achantaba. La oscuridad corría la cortina, ocultando la luna. Solo un espacio de penumbra y unos pasos menudos en la hierba. Intentó recobrar el aliento. El fantasma con pasos livianos como de



algo nada humano y, luego una escupa a sus pies. Tembló al unisonó de las hojas. Se quedó mirando el sendero de luz y vio un hombre gigantesco que le llamaba moviendo los brazos.

¿Escondarse o correr? Dilema que los mayores no resolverían no quiero llamar a mamá. Me reprochará. Dirá que tenía razón. Cerró los ojos temblando y oyó a su madre diciéndole: te dije que no te levantes al solar en las noches. El tío se puede aparecer.

El llanto se le volvió piedritas en la garganta y el miedo lo agarró con sus manos heladas.

Al abrir los ojos, vio correrse la cortina de sombras espeluznantes y la luna apareció redonda y sonriente. Miró hacía el suelo y entendió los pasos y la escupa: un pato había dejado su recuerdo en las puntas de sus zapatos y el hombre que lo llamaba era una mata de plátano girando sus hojas al vaivén del viento.





Título

Le gustaba ver caer las hojas de los árboles sobre el pavimento. Bajaban con suavidad, sin estrepito. Descendían en graciosos movimientos ondulantes y sinuosos, estilizados y lentos. Las hojas eran secas sin vida; sin embargo, la gracia era su característica sobresaliente. Así debía ser el ser humano. Envejecer sin alarde, sin que apenas se notará su declinar, sin muestra alguna de debilidad; caer sutil y graciosamente, precipitarse en el descenso hacía el sepulcro sin perder la agilidad, la dignidad, la elegancia –un derecho adquirido por el mortal en su forja dolorosa– sin el repugnante y oprobioso arrastrar de los pies en el pavimento. Sin inclinarse a su pesar, servil ante la generación naciente. Ser contemplado en silencio con actitud de agrado. Como aquellas hojas, desafiantes y altivas; depositarse en el nicho postrero con heliotropica elegancia.

Fijo los ojos tímidos de mirar de tortuga en el conjunto saliente y acogedor del verde parque.

Las manos artríticas aprisionando torpemente con los dedos un tallo jugoso de hierba fresca. Lo trituró en la caverna de su boca con los renegridos dientes, chasqueando con ellos con un rumor quedo, como una piedra que cae en el agua. Los cachetes flácidos y cubiertos de surcos iban y venían, inflándose y desinflándose en una danza agónica.



Respiros entre cortados y jadeos de bestia cansada corearon el ritmo.

La ansiedad hambrienta de sus pupilas, barrió todo el espacio frente a ella con huracanada chispa de esperanza. Recogió muchas cosas en su vuelo raudo e ilusionado, pero la figura anhelada no se reflejó en la lente de sus ojos.

Volvió a pasar la ráfaga óptica: por el prado, la fuente, la estatua incommovible, el organillero de la esquina, el vagabundo de siempre. Inútil. No vio nada. Una oscuridad cubrió la frente y las ojeras enlutadas de tristeza. Gris ceniciento y melancólico de tristes miradas. Brotó los ojos para expulsar un guijarro invasor del rincón prominente en el lacrimar o quizá para sepultar el temblor de la ansiedad que palpité en ellos por un instante. Entonces, le vio. Menudito, mechudo, el cuello largo y flaco de pollo imberbe, sobresaliendo en la camisita encogida, muy pequeña para su edad y sin botones. El cabello rebelde erizado en la corona. La piel sin color; la figura de líneas agudas y articulaciones prominentes, el andar grotesco tirando las puntas de los pies hacía afuera. La barriga redonda y grande bajo el filudo pico del costillar saliente. Se sentó en la banca junto a ella. Fijó la mirada largo rato, inquisidora, esperando. Ella jugó con su afán fingiendo no darse cuenta. El muchacho captó la intención. Un brillo picaresco bailando en las pupilas. Sonrió mostrando el portillo entre los caninos que escoltaban la roja encía. La lengua sucia y juguetona se asomó curiosa y dobló la punta holgazana. Las largas y entecas piernas se chorrearon por el cemento hasta el piso bandereándose impacientes. La anciana asió el bolso anticuado de cuero negro y chapa metálica, el muchacho miro el gravado; un pájaro de lentejuelas de brillo perdido por el uso y hendió la uña arrancando una

que deposito en la punta del índice, colocándola frente a su nariz. Los ojos giraron mirando la lentejuela, recostándose en el extremo del ojo frente a la fosa nasal, intentando encontrarse. “haciendo bizco”. Después giró en redondo lanzando la a la boca que la recogió con la lengua, como un delfín tomando una pelota. Ella sacó un paquete del interior, abultado y cubierto con papel de envolver, de los que usan en las tiendas. El niño casi se lo arrancó de las manos, lo puso en sus rodillas y desparramó su contenido de dulces y bizcochos en ellas. El audaz explorador, tornó a mirar a la anciana exhibiendo el portillo de los dientes ausentes. La vieja rio también desnudando en la sonrisa su alma. La euforia se retrató en el rostro. El niño posó la mano sobre la suya. El sol cómplice de aquel encuentro, intensifico su brillo plasmando un beso de fuego sobre la escena con cauteloso intento de inmortalizar tal instante. La mano del niño brilló blanca sobre la otra como una mariposa sobre una roca áspera de musgo y moho.

–Creí que no vendrías- dijo por decir algo.

El mordió un bizcocho y volvió a sonreír con la boca llena de harinas hirviendo en la saliva. La lentejuela dorada nadando en rio de harina remojada. Tragó de un tirón el contenido de la boca y murmuró antes de atacar con saña el otro bocado.

–Si vine. Siempre vengo. No tengo a donde ir. No me quieren allá.

El cuello de pisco giró sobre él orificio de seda negra con visos violáceos de tantas lavadas. Y, desvió la mirada. Se sintió culpable de aquella alegría que le producía palpitaciones en las sienes; tal como un galope desenfrenado de potros salvajes.



Bajó la vista sintiéndose culpable por su egoísmo, por aquel pensamiento indiscreto que cruzó el cerebro bendiciendo el rechazo de la familia por el chico, ya que le permitiría llenar fugazmente sus horas solitarias. Sintió vergüenza de no sentir vergüenza. De no arrepentirse. De su egoísmo.

El niño devoró en segundos el presente. La mujer volvió a atacarlo con preguntas:

—¿Y crees que yo sí?

—Tú, sí.

—¿Por qué lo crees?

—Sino me quisieras, no me esperarías con esos dulces.

Se hizo un silencio largo. El miro sus pies moviendo la cabeza del pulgar –de uña levantada y, enlutado.

—Tu no me dices: veté, me molestas, báñate, cállate que haces ruido, comes mucho, deja hablar a los mayores, crece pronto para que trabajes.

De nuevo sonrió la anciana. Vuelta a sonreír él niño.

Ella evocó el momento en que se le vio la primera vez. Llegó llorando. Se sentó en el suelo –junto al prado. Ni siquiera se atrevió a hacerlo en la banca. Tenía contusiones en los brazos y piernas y en la boca un hilo de sangre. Lloró interminablemente y ella se quedó mirándole mudo espectador, observando con timidez sin atreverse a intervenir. Levantó los ojos tintos en sangre y se asustó al verse sorprendido. Ella le interrogó sobre el motivo de su



amargura, pero el huyó aterrado dejándola ahogada en la ira y en la impotencia.

No volvió a verle en muchos días, pero finalmente volvió después de tantos otros. Se sentaba en el prado y en posición de loto y ella se tendía a vigilarlo camuflada tras los arbustos.

La miraba jugar con los dedos frágiles, simulando personas e imitando voces y escuchaba los simulados diálogos. Así es como supo de su historia. En aquel teatrillo natural fue conociendo cada personaje, odiándolos con él. La misma trama, la misma escena, la misma situación, idénticos personajes, pero cargados de drama y de interés. Conoció al padrastro: despótico, tirano, tacaño, sádico...

La madre, trabajadora sexual, indiferente, abúlica.

El escenario pletórico de vicios, rincón lumpezco, humedad y miseria.

En el último acto, hubo una variación, apareció un amigo; simpático y burlón. Paco el de carcajadas estruendosas representado por el dedo índice.

Ella escuchaba alerta el dialogo. Decía así:

—Sabes que hay una señora que todos los días escucha nuestra conversación?

—Muy indiscreta, muy indiscreta.

—¡A mí me parece simpática!



—Vamos a saludarla.

—Bueno.

—Giró la faz resplandeciente hacía ella con retadora temeridad.

Poco a poco fue germinando la semilla de aquella amistad abonada por la soledad mutua. O la necesidad de afecto. Por el desamparo. Y aquí, de nuevo estaba dando cumplimiento a una cita que tácitamente siguió produciéndose. a diario – como un rito.

La vieja dejó oscilar el diafragma en un suspiro asmático que balanceo grotescamente los frutos marchitos de sus pechos.

—¿Cómo es que te llamas?

—Ricardo. ¿Por qué me lo preguntas?, te lo digo todos los días

No respondió. Era cierto. Pero le agradaba aquel ritual. Le divertía –al contemplar la primera luz del día pensaba en él y anticipaba en el pensamiento lo que había de ocurrir. Disfrutándolo, esperándolo.

—Y, ¿Por qué el sobrenombre?

—¿El qué?

—El sobrenombre. El otro nombre. Flatulo.

—¡Ah, ese...!

—¡cuéntame!



Los muchachos en la escuela nunca querían jugar conmigo. Yo siempre estaba con sueño y siempre tenía hambre. Decían que era muy raro.

Además, como mama nunca estaba y me tiraba del pelo anunciando a todo el mundo que no me quería y que no deseaba que yo naciera, y como mi padrastro me golpeaba, no querían ser amigos de alguien a quien no deseaban en su casa.

Hubo una vez una maestra que me trató con cariño. Pero no duró mucho, se fue a vivir a otra parte. Ella pintó una vez en el pizarrón un agujero. Lo pintó para mí. Decía que, por ahí, podía mirar a la gente sin que nadie me viera y yo todos los días me sentaba en aquel rincón tratando de ver afuera pero no lo lograba. Di al pizarrón con una piedra para abrir la puerta de mi guarida y por poco me expulsan de la escuela.

El director alzaba los brazos y los ojos le llameaban. Iba de un lado a otro. Creí que iba a matarme. Una vez la maestra dijo en la clase que los gases que se forman en el estómago se llaman flatulencias. El más grande del grupo, muy ducho en hacer bromas sobre mi aspecto enclenque se le ocurrió decir que como era tan flaco y como llegué al mundo lanzado sin ganas, tirado sin entusiasmo, debía llamarme Flatulo. Todo el mundo rio con la ocurrencia los alumnos y los maestros. Mi profesora les riñó. Pero eso nada valió fue mi bautizo. Siguieron llamándome así y siguieron riendo.

La noticia se regó por todo el vecindario y todo el mundo rio. Pero el que más carcajeo fue mi padrastro.



Se tenía el estómago con las manos y se revolcaba en el suelo. Siguió riendo noche y día y reía más cuando se emborrachaba y al día siguiente reía más y más. Ese quedó pues mi nombre, desde entonces no tengo otro.

La mujer se encogió con sincero pesar. Pensó en su infancia, las necesidades de afecto a las que muchas veces son sordos los mayores.

El grito de angustia que nunca halló eco en los años venideros. La incomunicación que pone en la boca la acidez del odio. Se estremeció en espasmos úterovicerales. Una infinita ternura tiñó de azulado tul el blanco de sus ojos y se encerró de nuevo en el ostracico recinto de los recuerdos.

Pesada carga fue también su ancianidad de ahí que su soledad y la del niño se encontraron. Ser el arquitecto de muchas vidas. Trabajar con tesón para formarlas. Luchar por el hogar, los hijos y los nietos. Pero el cariño se mide en proporción de lo que se produce y un anciano no es mucho lo que brinda. Una carga tediosa, un problema constante. Se le asigna un rincón como a los tereques viejos, más es lo que come que lo que trabaja sin contar con que rompe la armonía de la estética de la casa. Solo sabe quejarse y camina con torpeza, rompiendo objetos, opinando lo que no sabe y regañando a quien no debe.

Los suyos se alejaron, los hijos la abandonaron, junto a ella solo se aposentó el olvido.

Con su pensión de jubilada pudo cubrir sus gastos que no eran muchos porque los deseos también eran pocos. La única distracción tomó forma en el parque. Todo lo demás consistía en dejar transcurrir los días.



El sol del medio día comenzó a calentar con saña.

El niño recogió en la mano una gota de sudor que bajó de la nariz a la barbilla. La mujer tocó su frente limpiando las otras gotas que corrían presurosas tras la primera. Alisó los cabellos flechudos del pequeño. Miró los tejados sedientos enrojecidos bajo el sopor crujiente. Los gatos achicharrándose bajo el fuego estival se contorsionaban haraganes y famélicos

—¿Vienes conmigo?— le dijo.

Y fue a vivir con ella. Ella llenó su vida y el siguió nutriendo la urdimbre fantástica de sus sueños. Y continuaban yendo al parque. Fueron siempre. Hasta aquella tarde. Salieron juntos. Con la simpar malicia que dan los años ella llevó su saco repleto de presentimientos y sacó los ahorros de debajo del colchón, levantó la blanca sabana y los metió en el seno.

El muchacho corría, cazando moscas que acumulaba en hilera sobre un camino de piedra y de pasto seco. Sintió el quejido, callado, discreto, somnoliento y corrió a arrodillarse junto a las piernas de ella. Lo que vio en su cara le paralizó. La tarde cómplice se vistió de gris y guardó solidaria sus nubes de algodón.

La vieja abrió la boca, violácea sobre la piel de cera y dijo jadeante extrayendo el bulto de su pecho.

—Tómalos. Yo me voy. Es lo más que puedo darte.

El niño apretó la mano de ella tirándola, para arrebatarse a la muerte y ella deslizó el dinero en su palma sudorosa; él la besó, ella cerró los ojos y pensó en su nieto:



—Besa a tu abuela niño.

—No quiero. Tiene piel de sapo.

A esté no le importaba la aspereza de su piel.

Esas arrugas, eran lo mejor que había besado. La presión en su mano, aumentó, se hizo más rígida y, además, algo muy frío le entumeció el brazo.

El niño gritó con terror. Frenético, se apoyó en el regazo.

Su grito fue escuchado. El primero de tantos. La gente se arremolino junto al banco de piedra y empezó a murmurar. Primero fue susurro y luego algarabía.

—Esta muerta.

—Tal vez no.

—Llamen a un médico.

—Llamen a sus parientes.

—Era una vieja sola.

—Tal vez guardaba plata debajo de su colchón.

—¿Pedía limosna?

—No, era empleada jubilada.

Un borracho entre hipos: —¡Yo solo le pido a DIOS que no me haga una cagada de esas!

El niño fue alejándose despacio, mirando atrás, con más deseo de quedarse que de partir. ¡Empezar de nuevo!, buscar a tientas.

¡Traidora la muerte, que no tuvo un cupo para él!



Tras de sí iba dejando un río de billetes.

La primera en notarlo, fue una vieja y se tiró a pique mordiendo el polvo para llenar la enagua sucia. Tras ella uno a uno fueron cayendo como buitres hambrientos tras la presa. Quedaron formando una montaña de cuerpos trezados y frenéticos.

Una monja pensó: “Debió albergarse en nuestro asilo, esa pensión habría sido de gran ayuda”...

El muchacho continuó desplazándose. Estaba anocheciendo y en la calle, su figura delgada se proyectó en el suelo. Se fue alargando más y más hasta el infinito. Luego se perdió en la noche.

Una sirena irrumpió el silencio y su aullido se unió a las lágrimas esparcidas por el camino.





Breve Biografía

Rosa Helena, Gloria Suárez

Nacida en Cartago Valle del Cauca, Colombia, a sus 7 años tropezó en la biblioteca de un acaudalado con las Mil y una Noches, original, que le despertó un amor obsesivo por la lectura. Empezó a bosquejar escritos en la escuela primaria con la práctica que los maestros llamaban “redacciones”. En lo que hoy se llama “Séptimo grado” de Secundaria, escribió un poema que la maestra elogió pero que se desapareció en la nada. Escribía discursos en el internado para recibir a los visitantes que la institución invitaba. En un tiempo de fiebre adolescente se enamoró de la declamación, pero la dejó para enrutarse en escribir prosa. En un viejo cuaderno atesoró protestas, reflexiones, arrullos, cuitas de amor, opiniones que solo compartía con el papel. Eran retazos de su propia vida.

Ya casada y con hijos, cursó un taller literario y de lectura con la Universidad del Valle, Cartago. Estudió licenciatura en educación, español y Comunicación Audiovisual en la Universidad Tecnológica de Pereira en donde participó en dos concursos literarios: uno con la fundación Tulio Bayer con la poesía “VISIÓN NUCLEAR”, primer puesto. Igualmente, con el cuento “Flátulo”; premio: “Fuera de Concurso”.



Recibió el Premio “Cámara de Comercio 40 años”. Cuento: “El Quinto Pasajero” octubre 5 de 1989.

Galarnodada. 3er, puesto durante el doceavo encuentro de Poetas Colombianas en el Museo Rayo de Roldanillo. Julio 1996.

Su primera colección de poemas fue aprobada como tesis de grado en la Universidad Tecnológica de Pereira.

Participa en talleres literarios en Palmira, Cartago y ponente en talleres de poesía en Salamina. Caldas.

Estudios de computación para la docencia con la Universidad Antonio Nariño y Universidad del Quindío.

Fundadora del taller de poesía Gota de Agua, Cartago Valle con los poetas Fernando López y Jorge Soto.

Miembro Honorario de Naciones Unidas de las Letras.

Bitácora de Sueños, su obra máxima es publicada en marzo del 2018 y presentada en el Conservatorio de Música Cartago, Valle del Cauca, Colombia. Este Poemario la coloca y consagra en el escenario de las letras universales por la belleza de la narrativa de las costumbres, lugares, folclore, esencia del alma de la gente, su origen, sus desvelos de amor y desamor,- "exprimiendo su llanto de garua". y "descansar mientras se bebe agua de tamarindo".



Esta obra se termino
de imprimir en los talleres de la
Editorial Ave Viajera SAS.
Abril 2022